

SIGNOS, PRESAGIOS Y MARAVILLAS DE DIOS EN AMÉRICA

Guy Rozat
Centro INAH Veracruz

En este ensayo se intenta reflexionar sobre algunos lugares comunes de la historia nacional y, particularmente, sobre cómo se cuenta la Conquista de México. Todos han oído o leído que la llegada de los españoles a América fue precedida por presagios y prodigios que junto con las profecías del regreso de los dioses impidieron una respuesta adaptada y contundente a la invasión hispana. La presencia de presagios y profecías en casi todos los textos de los siglos XVI y XVII no son la prueba fehaciente de que éstos ocurrieron antes de la conquista, sino que son la marca específica, necesaria e imprescindible del funcionamiento del discurso teológico histórico occidental que escribe el evento “conquista”.

Las crónicas hispanas y otras de estos signos, no pueden obviar que todo lo que ocurrió en América, tanto lo bueno como lo malo, fue por la voluntad y designio de Dios. Cortés a cada momento repite que si ganaron en tal o cual encuentro con los ejércitos indígenas fue por la gracia de Dios, e incluso a veces, por la intervención de algún arcángel. No debemos ver aquí un elemento folclórico, Cortés y todos los españoles que participaron de cerca o de lejos en la Conquista de América se sienten parte del pueblo elegido y, por lo tanto, están convencidos de que Dios está con ellos. Así que las crónicas no pueden decir otra cosa y los presagios y profecías son absolutamente necesarios porque permiten ver al Dios cristiano preparando la llegada del evangelio en América con elementos verosímiles en los siglos XVI y XVII pero que hoy no lo podemos aceptar así, no sin una revisión crítica: los presagios y las profecías no existían antes de la llegada de los españoles en América.

De los signos. Para una reflexión general sobre el signo

Si excluimos a algunos personajes muy excepcionales como Moisés, por ejemplo, en la Biblia nadie ha visto a Dios frente a frente, justamente de ese encuentro peligroso, el pobre Moisés saldrá transformado.

Eso no debe sorprendernos ya que en la mayoría de las religiones, particularmente en las monoteístas, nadie o muy pocos han visto de cerca al personaje central, es decir, a Dios. Los visionarios católicos sólo reportan, en general, encuentros con su “hijo” Jesús, el verbo encarnado, o con la Virgen María, su madre, o se refieren a contactos con ángeles y santos.

Dios no se deja ver, porque incluso si lo hiciera, nadie podría dar cuenta de ello debido al lenguaje limitado de los hombres y a la inmensidad de las potencialidades de un ser divino. Es en ese sentido que hay que entender la negación de cualquier intento de representación de Dios en el Islam, ya que sería un insulto a su omnipotencia el intentar representarlo con las limitaciones humanas, aunque fuesen genios artísticos. Así, si Dios es el invisible por excelencia, ¿cómo saber que existe realmente?

Durante siglos, la respuesta para los cristianos fue simple: la presencia de Dios sólo se infiere por los signos que le manda a los hombres. Es así como la tradición católica, siguiendo el sendero abierto por el Antiguo Testamento judaico y para tranquilizar las dudas y afianzar la fe de sus fieles, ha conservado los relatos o las huellas de estas intervenciones divinas en la historia de los hombres. Y eso es para nosotros una gran fuente de reflexión, ya que a través de una historia de los signos es como podemos escribir una historia de Dios.

Finalmente, un signo existe sólo para hacer visible una ausencia, el signo manifiesta en el cristianismo la imposibilidad de acercarse a la divinidad debido a la pequeñez humana. Lo ambiguo es, por eso, parte de su fundamento, porque tiene que forzar siempre el convencimiento de que no es un momento azaroso mecánico de la simple naturaleza, sino que tal evento que sale de lo normal u ordinario realmente puede ser considerado como un signo de Dios.



Detrás de la posibilidad del signo, aparece inevitablemente la figura antecedente del creyente. No hay signo sin creyente. Un triángulo dinámico que reúne al signo, al creyente y a Dios, elementos inseparables, que existen sólo en relación, no tienen sentido propio: ¿Qué sería un creyente sin Dios? ¿Un Dios sin fieles? ¿Un signo de nada o nadie?

Pero si la ambigüedad es su fundamento, si la conversión es necesaria antes de que se pueda tratar de convencer a cualquiera intentando mostrar la presencia de lo invisible, si ese carácter puede investir prácticamente cualquier cosa, el signo tiene que ser dotado de un marcador preciso, reconocible, identificable, incluso cuantificable.

Si todo puede ser signo alguien tiene que reconocer ese carácter de "signo", así, detrás de la inmensidad de los signos posibles, aparece una jerarquía, una institución que extrae los verdaderos signos del magma de todos los signos posibles, los ordena y legitima. El "signo" inscrito en un canon pierde su carácter de aleatorio y por lo tanto su reproducción puede volverse predecible y puede ser reconocido e incluido como objeto de un conocimiento organizado y transmisible.

Así, en las sociedades que creen en los signos como recomendaciones y mensajes divinos, se tiende a establecer listas, catálogos de signos y a favorecer la aparición de especialistas del signo. En la religión romana que veía signos en todos los lugares: aire, tierra y mar, entre otros, el conjunto de la naturaleza se volvía un inmenso repertorio en el cual unos hombres, los arúspices, tenían que encontrar y reconocer los mensajes de los dioses. Y si estos mensajes eran amenazadores, como lo fueron generalmente en el mundo romano, eran ellos los encargados de reparar las "ofensas" hechas a los dioses o al orden del mundo.

Si la presencia del observador era fundamental, ¿qué pasa con los signos que nadie ve? El propio Séneca se preguntó en sus *Cuestiones Naturales*, después de haber reflexionado sobre un gran número de catálogos de signos: ¿Qué pasa con los signos que ocurren en los desiertos? ¿O en los mares lejanos? ¿Qué ocurre con esos signos de los dioses? ¿Estaban perdidas para siempre estas advertencias de los dioses para el buen gobierno de los hombres, ya fueran para aconsejarlos favorablemente o para recriminar su impiedad?

Esa obsesión de los romanos por el signo los llevó, por ejemplo, a recuperar un calendario brontoscópico producido por la tradición aruspina, la *Etrusca Disciplina* y que fue, según se dice, traducida del etrusco al latín por el pitagórico Nigidio. En la medida en que se consideraba que los rayos eran mandados por Júpiter y algunos otros dioses, esa tradición adivinatoria intentó sistematizar las observaciones sobre los rayos hasta construir ese manual en el cual se encontraba el sentido de todos los tipos de rayos, en todos los días del año y con todos sus efectos.

El signo en América o un mundo lleno de signos

Partiendo de estas mínimas reflexiones es como me parece que debemos analizar e interpretar los textos tempranos de la conquista americana que nos hablan de los signos que aparecieron en el cielo, prediciendo la caída del imperio mexica y el triunfo militar español.

Muchos autores aseguran que esos signos pertenecen a una inteligibilidad auténticamente americana, pero en ningún momento reflexionan sobre el génesis y la naturaleza profunda de estos signos. ¿Signos de quién? ¿Signo de qué? ¿Signo para quién? ¿Quién reconoce e interpreta los signos?

Y si un signo sólo toma sentido al interior de un sistema de sentido que lo actualiza y lo justifica como signo, estos autores, que pretenden americanos los presagios de la conquista, no nos dejan otro punto de reflexión que la idea, bastante retrógrada, decimonónica, de que los americanos eran incapaces de abstraerse del mundo mágico en el cual vivían y por lo tanto cualquier incidente podía parecer como extraordinario e investido de un terror sagrado.

Llama poderosamente la atención del historiógrafo el hecho de que los antiguos grecolatinos, así como los medievales y hasta los hombres de los siglos XVI y XVII, pudieran incluir en la misma categoría de prodigio a un monstruo o a un cometa, a una inundación o a un eclipse; pero sobre todo hoy nos extraña que relacionaran esos accidentes naturales, como los movimientos de los cometas por ejemplo, con los accidentes corporales, pero también con la suerte de las repúblicas o con la ascensión y decadencia de los imperios

e incluso, con la aparición de nuevas religiones como fue el Islam.

Pero esos sabios no establecían relaciones al tanteo, no eran simples ocurrencias de mentes simples. En los textos que nos han dejado se puede observar que el tejido de esas relaciones de simpatías y odios naturales, influencias y oposiciones, se organiza una compleja representación de la naturaleza y del mundo que debemos reconstruir si queremos realmente entender lo que se dice en dichos escritos, cuáles eran sus finalidades, etcétera.

No se trata de ver ahí restos de elementos primitivos mezclados con algún residuo elemental de magia simpática más o menos coherente, sino de una concepción global de la naturaleza, una representación del hombre y del cosmos (del microcosmos y del macrocosmos, como decían los medievales), que tenemos que reconstituir para no hacer contrasentidos en la lectura de estos textos.

No es nada sencillo admitir que ese saber está muy alejado de nosotros, estamos relativamente de acuerdo con la idea de que se encuentran, aún hoy, muchos elementos fósiles de ese saber en esa cosa compleja y poco clara denominada "cultura popular", pero estamos mal preparados para admitir que ese sistema complejo de saberes pierde su poder como explicación dominante sólo con la modernidad y prácticamente hasta la segunda mitad del XIX, con el triunfo de la ciencia positiva preparada por la exaltación de la razón ilustrada.

Durante siglos hombres y mujeres en occidente participan de un saber que incluso precede a la polis griega y hunde sus raíces en las grandes civilizaciones orientales, hay que recordar la deuda que todos dicen tener con "los antiguos caldeos", un saber que no solamente nutre el imaginario medieval, sino que se exploya y florece apoyándose sobre ese maravilloso instrumento de cultura que es la imprenta en los siglos XVI y XVII.

Citar siempre a Grecia y Roma, a Herodoto, Hesíodo y Cicerón, no es por simple juego retórico nutrido de pedantería universitaria, no, sino porque desde hace 40 años mis investigaciones han sido dirigidas a comprender cómo América se insertó en el conocimiento global occidental, cómo esa representación de América que se fue construyendo por el saber occidental, esa "invención", como dice O'Gorman,

se manifiesta en los textos encargados de dar cuenta de América, su presente, su pasado y su futuro. Es decir que si América, y por lo tanto también los americanos, son un invento, un constructo occidental, debemos rastrear en los textos de esa invención lo que pertenece a la matriz originaria occidental y no confundir desde la modernidad o la posmodernidad, una cierta interpretación de América por su realidad.

Para entender esto, podríamos empezar por tratar de entender por qué el médico del rey Felipe II, enviado a la Nueva España para estudiar la fauna y la flora americana, se dedica también, como si no tuviera suficiente trabajo, a inventariar ese nuevo mundo, a traducir la Historia Natural de Plinio. Es cierto que Plinio es un best seller de la época y podríamos pensar de manera simplista que quiso ofrecer a la Nueva España una simple traducción de esa obra, realizada paralelamente a sus trabajos. Pero sería un razonamiento demasiado sencillo, no es para el ocio que traduce, sino porque frente a la inmensa y compleja naturaleza americana, esos confines del ecúmene, se encontró nuestro médico sin punto de referencia, perdido, y la traducción de Plinio, por el trabajo referencial que propone, le ayuda a organizar la naturaleza americana. Es decir, es la representación de la naturaleza occidental la que le permite estructurar sus investigaciones, lo que explica también un cierto fracaso y el carácter limitado de sus obras.

Por otra parte, si recordamos que la medicina se estudia en la época no tanto en los cuerpos sino en los libros, tanto de anatomía como de astrología, podremos entender la gran necesidad de Plinio para Francisco Hernández, que es una guía en ese caos de la naturaleza americana que se complace en multiplicar la diversidad de las especies. Por ello, armado de un saber organizado, en parte sobre las obras de Plinio, el protomedicato no encuentra tanto la naturaleza americana como reencuentra a Plinio en América.

Prodigios, entre presagios y maravillas

En los siglos XVI y XVII podemos encontrar muchos textos que condenan la adivinación, es decir, la lectura e interpretación de los signos. Esas censuras son generalmente emitidas desde la ortodoxia religiosa, pero esa misma ortodoxia tiene que reconocer que hay actividades en las cuales la práctica de la adivinación es útil y necesaria.

El campesino atento no puede ser indiferente a la interpretación del vuelo de las aves y de manera general observa el comportamiento de los animales, la forma y direcciones de las nubes, el color del cielo, para saber prever el tiempo futuro y saber cómo conducir su acción. El médico también está atento a todos los signos físicos que puede ofrecer el paciente para adivinar la enfermedad del doliente, pero también y más si se trata de padecimientos poco claros, las conjunciones planetarias ofrecen información para pensar el estado melancólico y los desequilibrios posibles de los humores; y ni hablar del marinero que para salvar su vida, su barco y las mercancías de sus clientes, debe en todo momento estar atento para poder interpretar la presencia de ciertas aves, la dirección de su vuelo, el color del cielo, la intensidad y dirección de los vientos, corrientes marinas, algas, etcétera. La práctica de la adivinación se reintroduce siempre a pesar de las condenas eclesiásticas

que desconfían de cualquier saber que escape a su control. Por otra parte, es claro que la noción de signo, ambigua como ya lo dijimos, oscila indecisa, entre la idea de presagio y de maravilla, dos sentidos complementarios que nos ayudan a pensar el imaginario de la naturaleza de esa época y permiten que la adivinación sea la figura mayor del conocimiento.

En la medida en que el cristianismo entre los siglos XIV y XVI desarrolló una visión pesimista del hombre y de su posible devenir, muchos signos insólitos fueron interpretados como evidentes amenazas o como la promesa de inevitables castigos divinos futuros, pero algunos otros signos, como la aparición de monstruos, no suscitan sólo terror y temor, sino el enmaravillamiento. Esa idea de la maravilla, de lo maravilloso, está omnipresente en el siglo XVI, casi intraducible hoy; sabemos que Alicia en el país de las maravillas es una obra literaria y que en ningún país, ni en parte alguna de nuestro planeta, puede existir un conejo apurado y filósofo que habla, ni naipes que cuidan a una reina. Para los escritores del siglo XVI la maravilla aporta a la vez el extrañamiento, la sorpresa, pero también el terror y la fascinación.

Los signos del diablo

Si en occidente no hay muchas dudas sobre los poderes del diablo, a principios del siglo XVI, el descubrimiento de América y sus extrañas culturas, la partición de la cristiandad con la Reforma, el acecho del mundo musulmán en Europa central, las guerras de religiones, etcétera, son tantos elementos que inclinan a los hombres de la segunda mitad del XVI a pensar que el diablo tiene probablemente más poderes que los que sus padres hubieran podido imaginar, de ahí surge la decisión compartida por pueblos y élites de buscar en toda la tierra cristiana a sus secuaces y ejércitos, los brujos, pero sobre todo las brujas. Es importante recordar que ese siglo XVI que se ha calificado a veces de “hermoso” –el hermoso siglo XVI– se termina con el desarrollo de la mayor quema de brujas que haya conocido el occidente cristiano.

Los monstruos del principio del siglo XVI no señalaban al diablo, sino más bien hacia Dios y al funcionamiento de la naturaleza, criatura y servidora de Dios, esa visión de lo monstruoso era lo que incitaba al sabio a reflexionar.

Pero en el Nuevo Mundo la situación era ligeramente diferente. El diablo había escondido América a los ojos y acciones de los cristianos y a su órgano rector, la Iglesia, para que así fallara en su misión fundamental: evangelizar a todos los pueblos que le habían sido encomendados por el mismísimo hijo de Dios. El diablo reunía en estas lejanas y extrañas tierras a todos los demonios que la acción evangélica durante siglos había expulsado de las tierras vueltas cristianas. Daño colateral, que la necesidad de evangelizar a estas poblaciones innumerables, en tierras tan dilatadas, posponía tanto más el regreso majestuoso del hijo de Dios en esta tierra y el fin de la vida terrestre, el juicio final y la realización de la Jerusalén celeste. Pero el diablo, en tanto que ser creado, a su vez no podía crear, sólo podía intentar engañar al hombre con simulacros, como lo hizo en América, donde se hizo adorar como Dios a través de los ídolos.

El diablo sólo podía remedar a su Creador y a la naturaleza, es así que impone a los indios unas ceremonias que se parecían

al bautizo, a la confesión o a la eucaristía, con el consumo colectivo de la carne de los sacrificios humanos. En ese conjunto de signos universales era posible que el maligno, el enemigo del género humano, llegara a imprimir signos erróneos, pero sólo actuaba como criatura, una criatura muy sutil y muy dotada ya que provenía del mundo angelical, pero no podía cambiar la naturaleza ni crear realmente, sólo proponer engaños, y eso es lo que sostiene el optimismo franciscano, por ejemplo. Aunque las culturas americanas estuvieran dominadas por el demonio, el triunfo estaba asegurado. Para engañar al hombre y perturbar la legibilidad de este gran

texto divino que es el mundo, no le queda otra que fabricar signos engañosos. Pero auténticos o engañosos siempre son signos propuestos al hombre y como tales tienen que ser interpretados.

Ciencia y maravillas

Tampoco podemos considerar que la escasez de la “ciencia” de ese tiempo era la que les llevaba a leer los eventos insólitos como signos. Utilizando el saber grecolatino transmitido por los árabes, un erudito del siglo XVI sabía más o menos lo que era un eclipse, pero saber cómo se producía no agotaba la explicación del fenómeno,

había que saber para qué ocurría. Así, cualquier fenómeno un tanto extraño provocaba la indagación en dos direcciones solidarias y complementarias: saber, por medio de la filosofía natural, el cómo se había producido y también intentar pensar por qué había ocurrido en ese lugar y en ese momento. Los signos se multiplicaban evidentemente en las épocas de perturbaciones sociales, como fue la segunda mitad del XVI en Francia, donde todo estaba listo para que explotaran las masacres y las guerras de religión entre católicos y protestantes, ambos campos con una misma afición a los signos y a sus interpretaciones.

Conclusiones

“Repensar la Conquista”, es un seminario permanente que se realiza cada año, en el cual se busca entender lo que realmente ocurrió en la Conquista, no solamente porque los primeros textos escritos sobre ese evento mayor de la historia mundial tienen como objetivo construir un mito de fundación del poder cristiano español, sino también porque fue ese saber cristiano que en el mismo movimiento que legitimaba su poder sobre esas tierras nuevas, inventaba América, y al mismo que estaba destruyendo la historia anterior.

Es por ello que la reflexión sobre la concepción de la naturaleza y de las relaciones entre el microcosmos de los hombres y el macrocosmos del universo en el siglo XVI, es indispensable para entender estos textos “americanos”. Se podría entender por qué los prodigios, monstruos, incendios extraños, ruidos insólitos o eventos en las aguas de la laguna, que aparecen en los textos de Sahagún, Durán, y en casi todos los cronistas tempranos, religiosos o no, no pertenecen a la lógica simbólica americana, sino al sistema simbólico occidental encargado de inventar América.

Los encuentros académicos, como los Foros de los investigadores del Centro INAH Veracruz, tienen por finalidad construir seminarios o cualquier tipo de reflexiones colectivas, así que desde aquí se propone una reflexión global sobre la naturaleza de esos textos que casi todos, historiadores, antropólogos o arqueólogos, utilizamos, muchas veces sólo de manera referencial, sin cuidar mucho quién está hablando detrás de ellos, del génesis de estos textos, del intertexto que los atraviesa y del sistema simbólico que los sostiene. En un tiempo en que los estudios sobre la “Sagrada Biblia”, han sido capaces de establecer los diferentes momentos de escritura y reescritura de ese texto considerado como sagrado por millones de hombres y mujeres, podría parecer vergonzoso que la obra de Sahagún, por ejemplo, esa Biblia sagrada del nacionalismo mexicano, no haya sido analizada por una auténtica reflexión crítica, una reflexión ineluctable e imprescindible si queremos realmente acabar con el racismo mexicano, que por ser vergonzoso no es menos real, y proponer tanto a la generación actual como a las futuras, una historicidad menos castradora y sí productora de nuevos sentimientos de solidaridad colectiva.